

Macedonio Fernández: la alquimia de la metafísica

por Miguel Angel Morales

"Pienso siempre y quiero pensar; quiero saber de una vez si la realidad que nos rodea tiene una llave de explicación o es total y definitivamente impenetrable."

Macedonio

a gloria y la fama del escritor argentino Macedonio Fernández (1874-1952) se debe ante todo a que fue un escritor de la nada y un humorista del todo. Un hombre que siempre prefirió la palabra y que con su guitarra evadía cualquier contacto con la sociedad. Muchos pensaron que era una invención de Borges, quien acostumbraba inventar escritores originales y sus referencias a Macedonio eran respecto a que él había sido su maestro: "En esa época lo imité, hasta la transcripción, hasta el plagio apasionado y admirativo. Sentía: Macedonio es la metafísica, él es la literatura. . . No imitar este modelo, habría sido una negligencia increíble."

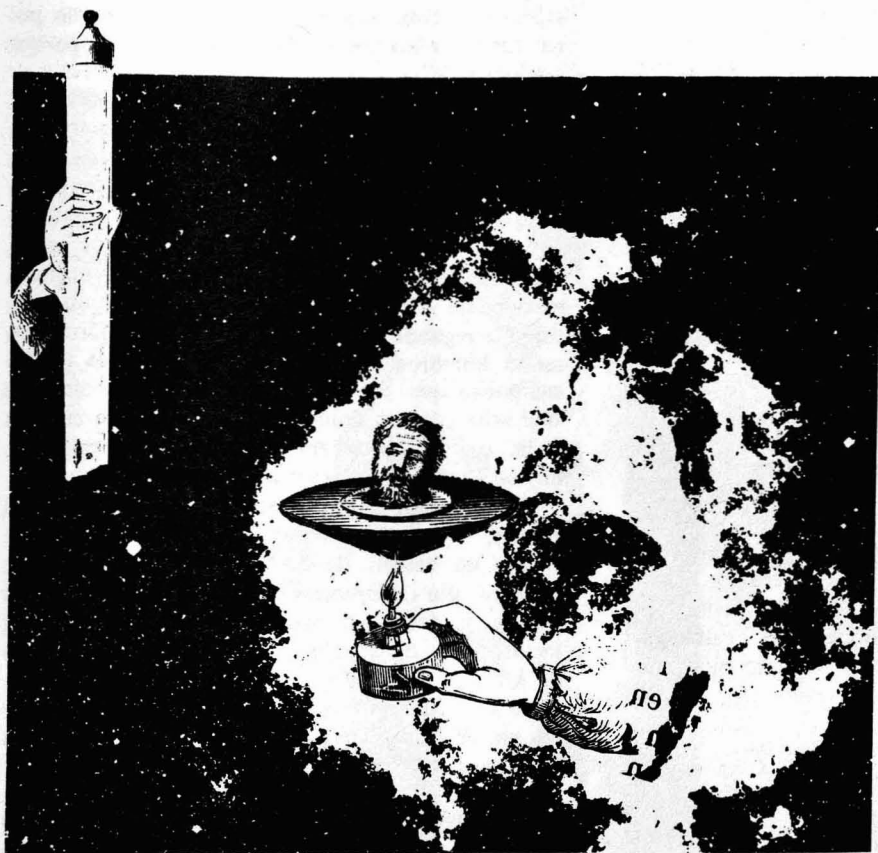
En 1974, en el centenario de su nacimiento, su hijo Adolfo de Obieta, publicó sus Obras Completas en diez volúmenes, con lo que se constata que Macedonio no era un escritor de la nada, ni su humorismo absurdista era tan fantástico o multitud de cosas por el estilo que propagaron los iniciados cuando se le redescubrió. Más allá de estas obviedades tautológicas estaba un escritor original y un filósofo restringido, obsesionado por el empeño —ca-

si místico— de comprender el mundo y tratar de decírselo al lector por medio de una parábola.

Macedonio fue un hombre humorista y "normal" que repentinamente cambió de vida para tornarse —en los últimos años hasta su muerte—, un alquimista preocupado por multitud de curiosidades. Además, su vida era un compendio de virtudes que todos celebraban: abogado que jamás ejerce, inquilino que siempre cambia de domicilio, anarquista que funda una colonia en Paraguay; escritor que nunca escribe, humorista que jamás habla, filósofo porteño que mantenía correspondencia con William James, esposo que cuando muere su mujer —Elena de Obieta— reparte a sus hijos entre sus parientes, el ciudadano que no transige con el Estado, el escritor que olvida sus escritos en las oscuras pensiones en que ocasionalmente vive, etc., etc. Era una especie de Tántalo Buenosayres, sin que nadie supiera cuál era su culpa, o por qué, en el último de los casos, había sufrido un cambio radical.

En sus ensayos y escritos hay una continua obsesión por comprender todo: felicidad individual, salud, el Estado, humorismo freudiano y no freudiano, el inabarcable universo, empirismo, idealismo. Pero no sólo ahí se constata el fiel individualismo al que desde joven se afilió Macedonio, sino también en sus "Papeles" y novelas "impedidas" donde el hombre, aislado de la sociedad, se enfrenta a sus verdaderos impulsos creativos: comprender y entrever la realidad. Como todo hombre liberal que encontró muerto a Dios, trató de responder cómo estaba compuesto el Universo y cuáles eran sus mecanismos internos.

En sus ensayos sobre la felicidad, salud, el Estado, el valor y el esfuerzo moral y fisiológico, recopilados en *Teorías* (1974), Macedonio se nos presenta como un hombre que experimenta continuamente con su cuerpo para lograr una felicidad total. Al hombre que busca el placer continuo, le propone su teoría del Eudomonismo, un código moral pragmático para gozar en toda su intensidad la vida; sobre todo en un mundo en donde existe una "ley relativa afectiva", donde cualquier goce, sexual o moral, apenas satisface. Macedonio rastrea lo que filósofos y escritores como Emerson, Epicuro, Goethe, Schopenhauer, Zimmermann, Poe, Withman o Franklin proponen en sus sistemas para la felicidad de los hombres y sobre todo sistemas políticos y económicos como el capitalismo y el socialismo. Como buen pragmático (influencia de William James, al que considera "el mayor psicólogo de todo el tiempo y filósofo de la emoción") propone un equilibrio balanceado entre placeres y dolores y una "ley de pequeños esfuerzos", que se disfruta de "pequeños apetitos, como fumar un cigarrillo, ver un amigo, admirar una obra de arte; hasta que venga un suceso, muy favorable o adverso, y comience un nuevo período de placer seguido de dolor y viceversa". Estos pequeños goces son los



que preservan la salud y quizá en este régimen tan austero vivió Macedonio con la felicidad.

Esta teoría del placer que preserva la salud del hombre aislado de toda contaminación y sociabilidad, propone la racionalización de lo que Macedonio había hecho en 1897 con Julio Medina y Vedia: la creación de una colonia anarquista, inspirada en las ideas de los utopistas, en Paraguay. Estos proyectos se basan en la estética y en la moral del señorito casto e ilustrado que un día decide hacerle una mala pasada al padre burgués y decide fundar una colonia edénica con todos los implementos estéticos y morales del burgués: el odio al excesivo trabajo (excepto si éste lo salva del tedio y la aburrición), el horror a la sexualidad, al Estado y al socialismo, el amor a los goces intelectuales y, de manera singular, la idea de vivir en un falansterio libre de las satisfacciones forzadas "que a todos nos toca en nuestra parte de infierno terrenal".

Como todo hombre liberal convincente, Macedonio amó la individualidad y odió todo lo que implicaba militancia política, relaciones económicas y la violencia institucional que ejerce el Estado (influencia de Herbert Spencer). Sus ensayos son intrincados y más que entender qué sucede en la política y la economía, lo que le interesa es liquidar el tema apostando múltiples datos, pistas, deducciones y una lógica bastante sencilla que sustenta

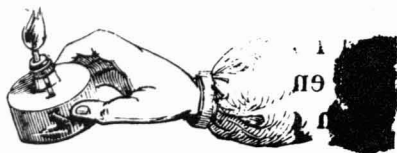
todo su aparato crítico. Para él no existen problemas económicos o sociales; las luchas y los conflictos entre obrero-patrón, comerciante-cliente, profesional-cliente" que antes era sana, es ahora una relación "enferma", sobre todo por la ingerencia del Estado que no busca un código para la felicidad del individuo. El odioso estado es —como dice Macedonio citando a Marx, Smith, Mill, Ricardo, Franklin, Spencer— un "órgano de la mayoría para el uso de fuerzas sobre el Individuo" que debe defender "a la colectividad de la fuerza externa y al individuo de la fuerza del individuo. Fuera de esto, la Nación... "no tiene derecho en mezclarse en lo que hace el individuo. El precio del trabajo, el de la mercadería, el libre comercio y exportación, los horarios de negocio, trabajo, diversión, el libre uso del dinero en negocios, en juegos en placeres, la conducta... no son asuntos en que debe mezclarse el Estado y cuanto más interviene en ellos más mal se hacen las cosas". Bajo esta teoría contra el Estado yace una ideología del pequeño hombre de negocios, del comerciante y del confiado abogado que ve la intervención del Estado como algo absorbente, maldito y desastroso, pues sólo utiliza su fuerza para crear la violencia institucional y para cobrar impuestos. Las fuerzas económicas están bien en una jerarquía aristocrática y no necesitan de la lucha de clases, un salario mínimo o alguna legislación política para la felicidad de los hombres: el patrón es superior y gana más dinero que el obrero, no por ser dueño de los medios de producción, sino porque "trabaja más".

Pero este problema apenas le interesa a Macedonio. Lo que le interesa es el hombre aislado de la sociedad, el gran Individuo (el artista) que logra aislarse de la mezquindad que propician las pugnas entre capitalistas y gremios. La realidad política y económica de la Argentina fue demasiado abstracta para Macedonio. En esta época, que abarca aproximadamente los años 1892-1922 (salvo sus escritos sobre la segunda guerra mundial), Macedonio juega a ser el hombre individualista antiestatal, el escritor anarquista que busca afanosamente la fórmula para vivir feliz con sus demonios internos. Años después diría: en esa época era "socialista y materialista, hoy soy anarquista spenceriano y místico".

Cuando Macedonio habla de la salud, de los valores, de su fiero antiestatismo, su escritura se vuelve un campo donde la lucidez de un adán empieza por diferenciar las cosas; éstas son las buenas y éstas las malas. Cuando habla de la metafísica y del idealismo en *No toda es vigilia la de los ojos abiertos* (1928) y en otros que van de 1908 a 1950, se sumerge en un monólogo interno y en un flujo de conciencia tratando de crear un lenguaje que le sirva para representar ese estado.

Las inadecuaciones verbales en que acabo de incurrir e incurriré y que en todas las lecturas de





metafísica tropezamos, es una dolencia de la comunicación de ideas, no de su gestión mental, pues en primer término la palabra es instrumento de comunicación y no de pensamiento; se piensa en percepciones e imágenes, se comunica esto con palabras, es decir, se suscitan estas imágenes en otro. . . (*El mundo es un almismo*)

Dada esta restricción del lenguaje para una visión casi mística —la de comprender el mundo—, Macedonio se obsesiona por la vigilia, duermevela, ensueño y la muerte para comprender y “resolver inmediatamente el enigma del universo” (Borges).

Cualquiera de sus textos para sondear este “enigma” parecen ser una metáfora de los lugares oscuros en que vivió Macedonio. Las escuálidas y friolentas habitaciones en que por medio de la conciencia exorciza el universo, son una especie porteña del mito platónico de la caverna y de la teoría de los ídolos de Bacon. Pero más que buscar la salida de la caverna o de ver que los ídolos son reflejo de su conciencia, Macedonio vive plácidamente en esos lugares en que mediante la vigilia es posible aprehender el mundo. Además, el estar en estas habitaciones de penumbra, en las que vive cuando en 1920 muere su mujer Elena de Obieta, propicia una atmósfera que él mismo buscaba para su conjuro: un entrenamiento a base de entresueños vigilia en

donde se sucedan gran cantidad de recuerdos, vivencias y hechos jamás realizados, para comenzar a comprender el mundo exterior. Macedonio confiaba demasiado en su teoría de inducción para llegar a profundizar las cosas. Esta fiera inducción y empirismo se contraponen a los que consideraba que corrompía la inteligencia: la civilización, la infinidad de aparatos de que se sirve el hombre para comprender el mundo. En la lógica de Macedonio, para saber si “un pescado está corrompido o un vaso de leche tiene agua añadida” no basta con analizarlos químicamente, sino tener una experiencia de un hombre de la naturaleza que “le basta con mirarlos, a un hombre de la civilización le es menester una máquina”. Así, la experiencia de la mente y del cuerpo son para él un perfecto laboratorio personal en que se refleja la actitud del mundo, especialmente cuando ésta atraviesa por una serie de experimentos como dolor, placer, hambre, sueño, lucidez, humorismo.

Si las teorías de Borges parecen estar urdidas por un erudito situado en vastas e interminables bibliotecas, tratando de buscar la eternidad en complementarias visiones, en combinar fechas y personas cabalísticamente y en multiplicar el Tiempo, la miscelánea de Macedonio Fernández sobre el Mundo está vista desde la perspectiva de que el hombre y su experiencia, más que su erudición, son la totalidad que unifica el conocimiento real del mundo con el fin de liquidar para siempre las polaridades antagónicas como vida-muerte, ensueño-conciencia, realidad-irrealidad.

Esta mezcla indiscriminada de inductivismo e idealismo hacen que se vayan edificando enmarañadas teorías que jamás convocan los poderosos conjuros que contienen y significan al Mundo (llamados también Ser, Realidad, Experiencia, Fenómeno, Estado). Y para llegar a comprenderlo en toda su dimensión hay dos vías: una es el ensueño o vigilia y el otro es la metafísica. La vigilia (y desde luego la muerte) borra cualquier diferencia entre la conciencia y el Mundo, ya que conciencia es el mejor receptor del mundo, sobre todo cuando entra en las brumas del flujo que confunde estos dos mundos. La metafísica es la “investigación de una sola emoción: la de desconocimiento de lo conocido, o falso *desconocimiento*. La única definición y método de la Metafísica es: la descripción de nuestra entera Experiencia. . . en cuanto ella tiene de Paramnesia Inversa”. Antes que la metafísica fuera para Cortázar un juego banal para entretener a la aburrida clase media, Macedonio la utilizó como una alquimia del “yo”, del más poderoso ego que mediante razonamientos va creando un esquema que indica la finalidad y la situación del Mundo.

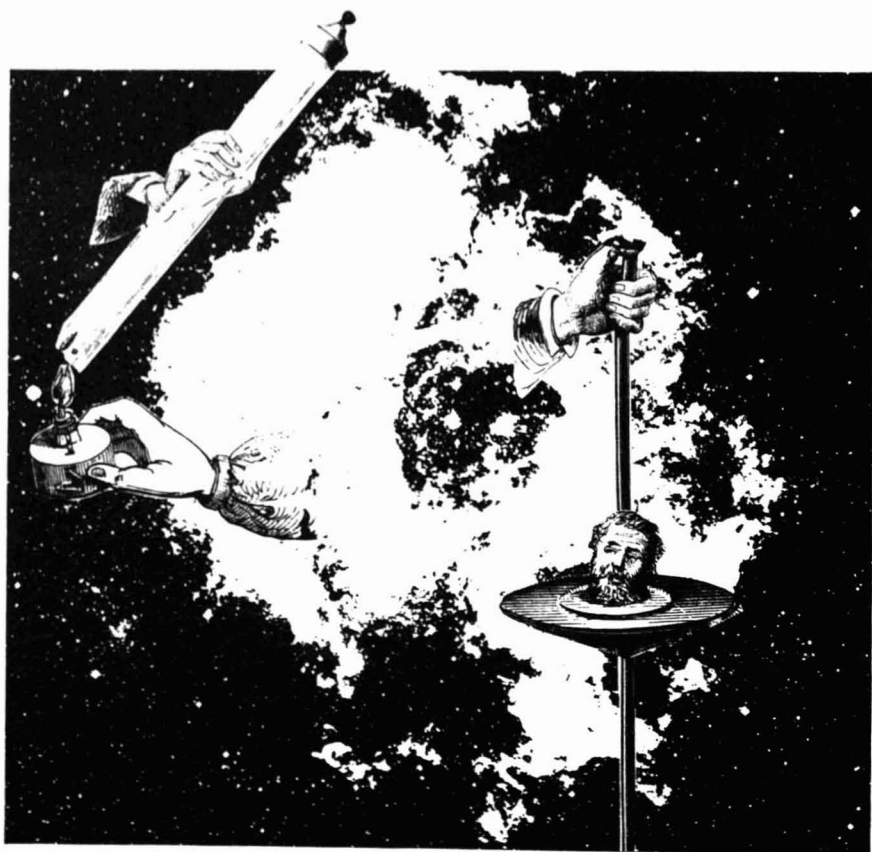
De las continuas citas, sugerencias, modificaciones, discrepancias y críticas a Kant, Schopenhauer, James, Macedonio va haciendo un amasijo de teorías en donde el Mundo no existe. Y si el Mundo



no existe y el hombre es su fiel reflejo, entonces somos "inmortales porque no existimos". Estamos anclados en la nada, en la inexistencia total; es el castigo que Tántalo sufre por haber participado en los chismes de los Dioses mayores del Olimpo.

Por eso más que tener una visión adánica, los escritos de *No toda vigilia es la de los ojos abiertos*, tienen una visión de Tántalo, ya que "El mundo es de inspiración tantálica". Lo que pretende no es ver el mundo y nombrar las cosas, sino ver y oír cómo se gesta el Mundo, sus mecanismos secretos, sus cañerías inmortales. Sobre todo antes que surja la civilización-historia a la que Macedonio tiene particular aversión. Al igual que Tántalo, Macedonio recibe el castigo por participar en la visión primigenia a la que sólo tienen derecho los Dioses mayores: participar de la cultura y la civilización que Buenos Aires propone. Ya no es el ensueño y la subconciencia que participan de la ceremonia de intuir el mundo, sino la omnisciencia y las enredadas aventuras (muchas veces enfocadas como un voyeur) que el novelista pontifica.

Esta ambivalencia de Macedonio, entre místico-metafísico-enclaustrado y novelista-humorista-ciudadano, que pudo muy bien convivir en su personalidad durante mucho tiempo, es constatable sobre todo en los testimonios que hicieron de él Borges y Ramón Gómez de la Serna.



Para Borges es un hombre introvertido sujeto a sus continuos métodos domésticos de meditación, que jamás lee y que le importa poco la literatura y la publicación de sus escritos. Macedonio es el hombre que se dedicó a la palabra hablada y que siempre es escurridizo, aficionado a decir balandronadas, tratando de encontrar un Aleph de Alephs que le muestre el génesis total y definitivo: "Macedonio quería comprender el universo y saber quién era o saber si era alguien. Escribir y publicar eran cosas subalternas para él. Más allá del encanto de su diálogo y de la reservada presencia de su amistad, Macedonio nos proponía el ejemplo de un modo intelectual de vivir... Yo anhelaría recobrar de algún modo al que fue Macedonio, esa felicidad de saber que en una casa de Morón o del Once había un hombre mágico cuya sola existencia despreocupada era más importante que nuestras aventuras o desventuras personales" (*Prólogos*).

Mientras que para Gómez de la Serna es el humorista que va creando una "nueva arquitectura del espíritu", el hombre que desea "salvar el amor" y rescatar "la gracia de vivir", el escritor literario que es esperado en los brindis literarios con ansia para ver cuál bufonada va a realizar o el "nirvático" criollo en quien la "siesta es lo supremo y toda la vida la pasa sesteando". Es el hombre que ocasionalmente se esconde para hacer sus "ejercicios de franciscanismo" que desemboca en una "apatía sublimada, que después, con más fortuna, no ha hecho más que crecer como una enredadera". En suma, Macedonio es "la voluntad, es la espiral nueva del humorismo, es la mezcla de lejanías en la paradoja, es la operación de la forma... No cabe dudar que en este tiempo, ante tanta responsabilidad de tierras y de ideas, la ironía de Macedonio, despejada desde la mayor pereza, es la magna respuesta al magno acicate del paisaje" (*Retratos contemporáneos escogidos*).

Pero estos testimonios apenas y subrayan el modelo filosófico que siempre caracterizó a Macedonio y que discretamente ocultaba: la del enredado acertijo que construido a base de mentiras resulta una gran verdad, o la construcción laberíntica de verdades que desemboca en una fastuosa mentira. En su vida, ensayos, poemas y escritos filosóficos hay un acertijo que se esconde y que trata él mañosamente y concienzudamente de esconder y velar. Sus escritos están sólo destinados para aquellos que estén preparados —mediante una experiencia similar— para saltar enmarañados, confusos y enredados enigmas de lo que a veces ni el mismo Macedonio logra salir. Es entonces cuando aparece un humorismo que deja ver una desesperanza y una derrota contundente. Este humorismo, que Macedonio llama también conceptual, es el alimento cotidiano para entrever que también existe una irracionalidad que lo libera por "un instante, de la dogmática abrumadora de una ley universal de la racionalidad".



En los libros que Macedonio publicó en vida como *Papeles de reciénvenido* (1930), *Una novela que comienza* (1941) y *Continuación de la Nada* (1944); así como sus *Poemas* editados póstumamente en 1953 y la recopilación de textos, cartas y material inédito que fueron publicados en diez volúmenes en 1974, hay un afán de contar historias totalmente anmarañadas, que quedan trucas o que esconden el verdadero motivo que las impulsa, pero siempre conservando ese humorismo anti-racional que desmodorre al lector. Los relatos pueden esconder un enigma nimio, pero al contarlos de una manera irrealista crea un continuo juego con la historia que cuenta. Sus "novelas impedidas", "novelas que comienzan", *Adriana Buenos Aires* y sobre todo *Museo de la novela de la Eterna* es su máximo esfuerzo para impedir que el lector encuentre el verdadero motor que la mueve. Ya no se trata de crear una historia sobre la tiranía interplanetaria (*El zapallo que se hizo cosmos*); el voyerista complaciente (*Adriana Buenos Aires*); la extirpación del sentido de la futuridad al herrero Cósimo Schmitz (*Cirugía psíquica de extirpación*); de los poemas inspirados por Poe, los cuentos graciosísimos que son una muestra de lo que inspiraba a Macedonio (*Poemas, relatos y misceláneas*); sino algo más complejo en la cual intervendrá un lector ideal, un investigador del enigma que la mueve y hará que la esfinge que autoinmole o lo que puede ser pero, que se esfume.

Museo de la novela de la Eterna, publicada póstumamente por Adolfo de Obieta en 1967, es la mejor novela de Macedonio y en la que se pone su mejor esfuerzo para esconder el enigma; estruendosamente nueva y "abierta", ya no se interesa por narrar los hechos, sino en su representabilidad; no es un libro, sino un antilibro que contiene 56 prólogos, 20 capítulos y 3 epílogos que buscan con afán un metalenguaje que atrape la especulación misma sobre la voluntad de escribir. Más que las ingenuas narraciones de García Márquez y Onetti, en donde cada suceso está determinado por el "verdadero" narrador —en esta caso Melquiades o dios Brausen—, la narrativa de Macedonio es la teorización sobre la voluntad de escribir y de representar los hechos más evanescentes casi teatralmente. Y al igual que el brasileño Machado de Assis (1839-1908), Macedonio Fernández —ambos influenciados por Sterne— recreó la problemática de la metalingüística y las infinitas regresiones que provocan. Por eso deja su libro inconcluso ya que "Será acaso el primer 'libro abierto' en la historia literaria" y autoriza al escritor del futuro a "corregirlo y editarlo libremente, con o sin mención de mi obra y nombre".

Escrita entre 1904-1947, *Museo de la novela de la Eterna*, no es la clásica escritura sobre la inexistenciabilidad del lector o de los ochenta mil personajes que buscan un autor (aunque algo hay de eso),

sino un afán, como si fuera un satori, del "choque de inexistencia", una novela cuya existencia fuera "novelesca por tanto anuncio, promesas y desistimiento, de ella, y será novelesco un lector que la entienda. Tal lector se hará célebre, con la calificación de lector fantástico. Será muy leído, por todos públicos de lectores, este lector mío".

Museo de la novela Eterna aglutina las ideas narrativas que Macedonio se afanaba de inventar: el ser creador de novelas que comienzan, impedidas, escritas por sus personajes, la que sólo tenía título, la inexperta, de Estados, y sobre todo *La Prólogo-Novela* "cuyo relato se hace a escondidas del lector de los prólogos". Así, va creando una voluntad de escribir que convoca sus fantasmas y su experiencia sobre el amor, sobre todo su frustrado deseo de retener a Elena de Obieta como un fantasma, negando su muerte. Pero en esta empresa, Macedonio se enfrenta directamente con su voluntad, de la que duda cada vez más sobre todo en lo que respecta a la escritura, estética y su meditación. Si la escribe mal y defectuosamente, confía en su teoría, en su Estética (Belarte); si la escribe bien, es entonces el primer "libro vacío y perfecto".

En esta voluntad, la propia novela se va enroscando sobre su propio enigma, ya que es una obra "en que todo se sabe o al menos se ha averiguado mucho, para que ningún personaje tenga que mostrar a la vista del público que no se sabe lo que sucede, que el autor ignora lo que sucede o lo mantiene a aquél en la ignorancia". El título mismo es un enigma que hay que descubrir.

Esta novela es una especie de teatro *No criollo* donde interesan más los conceptos que se están virtiendo a espaldas de los personajes, que las aventuras sentimentales que pueda provocar. El presidente —un alter ego de Macedonio— convoca a un congreso borgiano para que en ese territorio se reúnan Dulce-amor, Quizagenio, Deunamor, Nec (No existente Caballero), para constatar y reafirmar que todas las ideas sobre la eternidad, la inexistencia del Mundo y de los Hombres no existe. Su tristeza por no materializar su amor por la Eterna, dueña de la estancia "La Novela", es tan desfallecedor como el castigo que sufrió Tántalo, ya que la "desdicha de la Eterna (creerse mortal) es la desdicha del inmoralista Presidente (no poder amar lo mortal)". También esta desdicha literaria es la derrota metafísica de Macedonio, quien creyó armar pesadas y bien estructuradas teorías sobre la inmortalidad para darse cuenta que la muerte existe y que para ingresar a la Nada o al Universo el hombre tiene que configurar complejos diseños que jamás trató de construir. Las polaridades ensueño-conciencia, realidad-irrealidad y vida-muerte, que Macedonio Fernández trataba de negar, siguieron siendo tan extrañas y evidentes, tan confusas y esplendorosas como lo siguen siendo hoy.

